

MECANICIDAD, MANIPULACIÓN Y CONCORDIA

Por Néstor Tato

(A mis víctimas, en especial a Héctor Méndez, que pacientemente ha padecido mis malos momentos hace más de doce años. Valga el presente como confesión pública de mi estado de violencia interna casi permanente, haciendo propio el modo de reconciliación social de los sudafricanos. Toda semejanza con la confesión originaria de las primitivas comunidades cristianas no es mera coincidencia sino parte de la confesión, Valga además como intención de reparar, por lo menos, simple).

El mundo subcutáneo

No soy de carne: soy de sensaciones.

Para mí, desde mí, todo es sensación, pero lo que me importa aquí es que yo soy sensación. Aquí se imponen algunas precisiones terminológicas.

Espontáneamente, en lenguaje cotidiano, digo que “veo” cuando veo y que “oigo” cuando oigo. Pero cuando me refiero a lo que no es ver, si bien puedo decir que huelo, también suelo decir que “siento” un olor, y raras veces digo que saboreo, también “siento” los sabores. Y cuando se trata del tacto, siempre “siento”: aspereza, suavidad o lo que sea que toco. En lo que hace a los fenómenos internos, siempre digo que los “siento”.

Todos los datos sensoriales son imágenes, pero para mí no valen como imágenes sino por lo que representan. Dicho esto no en el sentido simbólico sino en el sentido literal: por lo que presentan a mi sentido interno, moviendo además los externos a través de los recuerdos asociados. Esto de los “valores” es un tema ya que han sido cargados con un sentido de símbolos, como representantes de sentimientos sociales precisos, sancionados por la moral común. Sin embargo, lo que vale se distingue porque mueve, estimula al cuerpo. Hace mucho, Silo dijo que para descubrir nuestros intereses teníamos que ver dónde poníamos el cuerpo. Y, lo que vale, interesa. “Está-entre” el mundo-estímulo o la idea-estímulo y el cuerpo (y algo más) como generador de sensaciones.

Por tanto, un criterio para clasificar las representaciones puede ser según el atributo sensible de su contenido: visual, auditivo, táctil, etc. Valen como percepción, como presentación de objetos externos. Vivo como inmediato lo que en la dinámica corporal es, en realidad, mediato. Los sentidos presentan el mundo a mi cuerpo y yo vivo como que me lo presentan a mí. Así, vivo la presencia del mundo como inmediata cuando en realidad, está intermediada, es mediata. Lo que le generaba la clásica duda filosófica sobre la fidelidad de los sentidos.

Mi cuerpo, con toda su masa, se vuelve transparente en la vivencia ¿será que le presta su masa al mundo?

De afuera vienen las sensaciones “duras” y por dentro capto las blandas, las que en lo cotidiano propiamente llamo “sensaciones”, lo que me pasa por dentro.

Del límite del cuerpo para dentro, debajo de la piel, sólo encuentro sensaciones.

Pero también hay imágenes

“Dentro” del cuerpo encuentro sensaciones pero también, aquéllas que las producen, las percepciones y las representaciones. Pero todas ellas, sensaciones, percepciones y representaciones, son *imágenes*. Desde un punto de vista neurobiológico, claro.

Todas son diferentes desde el punto de vista vivencial, tienen distinto peso, distinta carga de datos y distinto valor.

Las percepciones portan la información del sentido o los sentidos originarios externos, o sea, dan cuenta del límite del cuerpo, por tanto, de que su origen es externo al cuerpo. Aquí está la razón del privilegio que se les ha reconocido desde la Antigüedad, al marcar que el origen del conocimiento está en los sentidos externos. Desde entonces, la percepción se entiende como externa, por tanto, como portadora de información del mundo.

Las representaciones se *presentan ahí delante* pero se *saben* adentro del cuerpo, en el campo imaginario. Valen como percepciones en tanto también producen sensaciones con la presentación de objetos estimulantes.

Y las sensaciones *son de aquí*, inmediatas a mí, al observador, internas al cuerpo. Aquí sigo el sentido clásico y vulgar del término, destacando que teóricamente nuestra Psicología presenta “la sensación” como átomo singular teórico de la percepción¹.

Podemos hablar de estos modos de presentación de los fenómenos (de los externos y los internos), y tomarlos como lo que “son” en términos neurofisiológicos, imágenes originadas en la conciencia como aparato registrador, más afin con la actividad cerebral que con la noción psicológica que sustenta el fenómeno del comportamiento. Este valor teórico nos permite comprender su origen común y ver todas las imágenes como equivalentes, desde ese punto de vista, pero esa equivalencia teórica se desvanece en la experiencia, desde el punto de vista del registro.

La experiencia de lo sensible: el punto de vista vivencial

El predominio visual por sobre los demás sentidos lleva imperceptiblemente al predominio de las representaciones visuales por sobre las demás sensaciones, si bien se destaca la audición. Lo que veo, lo veo, y también oigo lo que oigo, pero lo que percibo a través de otros sentidos externos es secundario. Y lo que percibo a través del sentido interno, es transparente debido a la opacidad de la visión: se presenta en el “cono de sombra” de la copresencia como acompañando la situación que se despliega en el campo de presencia y recién se hace notar con el desborde pasional.

Desde el punto de vista teórico esto tiene un proceso paralelo: se tiende a reemplazar con el término “registro” lo que es en la vivencia una sensación, en el sentido vulgar que arriba dejo apuntado. La difusión del lenguaje técnico teórico me lleva a decir “registro” por lo que antes decía “siento”. Y registrar y sentir *no son la misma cosa*.

El registro es la experiencia de la sensación que resulta de la detección de los estímulos por sentidos externos e internos². Más simple: es lo que vivo en una situación, mi vivencia del mundo que transito.

En cambio, registrar pone el acento en la conciencia de esa vivencia, en el atenderla para guardarla en memoria y poder reconocerla luego, tenerla como referencia. El registro es lo

¹ Silo, Apuntes de Psicología, I y II; Luis Ammann, Vocabulario, voz “sensación” y “percepción” y “representación”.

² Autoliberación, cit, voz “registro”

que observo de mi vivencia de algo. Y ese vivir lo que vivo, atender a lo que vivo, es análogo de *mirar* lo que vivo, que denota el predominio de lo visual sobre las otras sensaciones internas. Claro que es un mirar *interno*. Es el mirar la vivencia que tengo de algo. No se trata del mirar eso que vivo, lo que me hace sentir.

Cuando digo “siento” lo digo respecto de algo que me provoca la sensación, lo que vivo; cuando digo “registro”, lo digo respecto de la vivencia que tengo respecto de otra cosa que no soy yo como observador. Se trata de distintos objetos para un mismo tipo de acto que gana en profundidad: la cosa externa es objeto de la vivencia y la vivencia, objeto de la mirada interna... que también siente. En otros términos, en un caso siento el mundo, en el otro miro lo que siento del mundo.

El flujo sensible y la manipulación de lo interno

Teóricamente se puede pensar que sentir es el flujo espontáneo de la vivencia. Que es la fuente de información fresca, no contaminada por el pensamiento, por la intención de guardar en la memoria eso que fluye, de registrar.

En lo vivencial, la sensación es una señal espontánea que puedo reconocer y clasificar desde un punto de vista intelectual. Desde lo vivencial, la puedo aceptar, en cuyo caso me moviliza en dirección a la situación, o puedo descartarla o distorsionarla, si creo que no se adecua a mi interés del momento. Solo que no es tan fácil el descarte o la distorsión porque una señal espontánea es eso, una señal libre de mi influencia. Pero que no es inmune a esta influencia: si no tolero su presencia, busco suprimirla actuando sobre el sistema de referencia.

Supongamos que una alternativa de situación me produce una atracción compulsiva, acompañada por tensiones que no puedo resolver. Si sucede que no acepto la propuesta compulsiva, busco otras alternativas en lo imaginario, que también tienen su carga, y al término de un rato “todo vale lo mismo”. Aparentemente liquidé el problema porque puedo pensarlo desde un lugar a salvo de la compulsión. Pero también liquidé las vivencias espontáneas, las que me dan cuenta de lo que siento, o sea que me liquidé a mí mismo, porque esas vivencias espontáneas las siento como “lo auténtico” de mí. Básicamente, la noción espontánea de autenticidad surge más de la coincidencia interna de las imágenes

que buscan descargarse y las franjas de actividad (intelectual, emotiva, motriz o sexual) que están comprometidas.

Puedo intentar neutralizar la sensación compulsiva mediante el cotejo de la imagen visual que la promueve, con otras imágenes visuales que presentan alternativas y traen su propia carga. Esa neutralización la cumpla por cotejo, como si preparara la elección: cada una de estas imágenes alternativas ocupa el foco del campo de presencia, presentando su carga. Como mi energía es una y la misma, esto implica que la energía de la carga de la imagen original, que es parte de esa misma energía, se va debilitando por una suerte de reparto de cargas entre las imágenes traídas al cotejo, y esas cargas no son "otras" cargas, sino la misma, teñida por la imagen asociada. Por tanto, el cotejo, con su consecuente asociación de cargas, produce la debilitación de la carga original compulsiva. Pero al final de eso, ya no sé bien qué quiero aunque haya logrado saber qué me convendría. He decidido qué es lo correcto... pero no me moviliza. No hay gusto, no hay carga, sólo el sentimiento del deber.

Otro proceso alternativo de la conciencia para neutralizar la imagen molesta es la elevación de la tensión en la zona corporal donde se origina la señal, que lleva a la desconexión del sistema central, anestesiando la zona.

La neutralización por cotejo es una respuesta que puedo advertir si me pongo a observar, pero la anestesia es un proceso que se va dando espontáneamente en la experiencia. Lo que sí puedo rescatar de mi experiencia es que la primera reacción es una fuerte oposición que hago a lo que me muestran los sentidos, es un rechazo a la posibilidad que me presenta. La segunda es una lenta acumulación casi imperceptible, que progresa en co-presencia, de modo silencioso. Y la única señal es que alguna zona aleadaña, generalmente los puntos de articulación (base del cuello, nuca, cintura) me van doliendo, dejando de sentir el cuello o la base y la media espalda, como caso generalizado.

De una u otra manera, voy fracturando mi experiencia. Porque eso que rechazo, soy yo, es un "pedazo" de mí. Imágenes visuales y sensaciones internas vienen estructuradas como presentaciones de un objeto, como complejos de datos externos integrados con lo que siento por esa situación externa. Y además, se integran con las sensaciones de mi propia presencia, de mi propia actividad en esa situación. Es esta sensación (o complejo de sensaciones) la que sirve de código de archivo en memoria porque es este reconocimiento de mí lo que permite integrarla a la compleja sumatoria de sensaciones y memoria

que soy. Son complejos de representaciones que integran con las tensiones asociadas los subsistemas de ideación que configuran las “partes” de mi “yo”, de mi imagen de mí, generalmente, difusa y desconectada.

De modo que mi dinámica básica es una dinámica sensible: sensaciones que afloran en conciencia, sensaciones que responden a esas sensaciones y sensaciones que resultan de mi respuesta a esas sensaciones.

En un caso siento el mundo para moverme en él, en el otro miro lo que siento del mundo que, en la reiteración del acto, es tomar como objeto “mi” sensibilidad, eso que soy. Al profundizar en la experiencia voy entrando en otra región desde la que el mundo aparece “engarzado” en mi sensibilidad y así entiendo el viejo concepto de las “impresiones” sensoriales. Mi sensibilidad es “algo” donde el mundo imprime su huella.

Todo eso, lo siento. Son sensaciones.

La sensibilidad como sustento del ser.

De modo que es la sensibilidad lo que me sustenta. El mundo es sensación y yo soy sensación del mundo. Me reconozco por la sensación y me desarrollo como sensibilidad. Sentir más y mejor, más fino y con más capacidad de discernimiento, es lo que incrementa mi experiencia.

Es la sensación la que permite discriminar y elegir mis pensamientos, la que orienta mi pensar, la que me da referencia de mi emplazamiento tanto externo como interno, la que provee de materia a mis vivencias, lo que me da consistencia al permitirme reconocer mis estados internos... y elegirlos.

La sensación es la sustancia de mi vida. Es por la sensación que puedo reconocer la dirección de mis actos y de mi vida. Porque eso que llamo el sentido de las cosas, de la vida, es sensación.

Pero no todo es sensación. Por el pensamiento puedo relacionar y elegir.

Porque el pensamiento nunca es neutro, siempre tiene carga.

Pensar interesado

El origen de mi experiencia está en el mundo, en la percepción de la situación que vivo. Allí comienza mi experiencia y por ende, mi conocimiento del mundo.

La experiencia sensible, lo que siente mi cuerpo en relación con el mundo, es la base de mis operaciones de conciencia como aparato de registro. Sólo que este “registro” es primario respecto de la significación técnica que acabo de apuntar. Una cosa es el registro que los sentidos hacen del mundo, el censar el mundo, y otra, el mirar la sensación del mundo, lo que siento por él.

A partir de la experiencia se moviliza el pensamiento, de manera concomitante. Con más precisión: con la percepción surge la representación que reproduce la situación de manera plástica, tal que la conciencia pueda operar sobre ella para orientar su acción en el mundo.

Es la dimensión de anticipación de lo posible.

La percepción permanece constante mientras el pensamiento tienta sus posibles variaciones.

Para que se dispare la consideración de lo posible, el estímulo tiene que despertar interés, tiene que interesar la conciencia. La configuración de la percepción en torno al estímulo se da en el campo de presencia de una mirada que tiene una copresencia infinita.

El interés se despierta por asociación, por reconocer en el paisaje elementos relacionados (por contigüidad, similitud o contraste) con elementos de la mirada, copresentes en mí.

Esos elementos de la mirada se corresponden con un estado del cuerpo, con tensiones que buscan su descarga, con necesidades que piden ser satisfechas o con un complejo de representaciones que no resultan afines con el paisaje y expresan su rechazo.

Interés positivo o interés negativo, por un lado, y la indiferencia hacia el paisaje, por otro, en cuyo caso no hay nada que interese, nada que movilice la atención.

El pensar, así considerado, es siempre interesado. Se dispara por interés, por algo que lo atrae (aún en el modo del rechazo) y procesa la información en base a ese interés, com-

pletando con las asociaciones relacionadas con el estímulo, modelando el paisaje de respuesta, las representaciones que anticipan las conductas posibles.

Así, voy construyendo mi mundo, o respondiendo al mundo, en base a mis intereses. Una suerte de arco de reflejo corto en el nivel de las operaciones de conciencia.

Nada nuevo, es la mecánica psíquica: cargas que buscan descargarse.

Biografía y argumentos

Claro está que no soy un sistema de presiones y descompresiones aunque se pueda esquematizar mi situación básica con esa figura. El juego de las cargas no es tan mecánico. No basta la señal de presión para que se produzca la descarga, como sería en el esquema pavloviano. Está el juego de las intenciones, inscripto dentro de argumentos que están determinados por la biografía.

Si bien el balance de cargas está en la base, su redistribución obedece a las intenciones, a los juegos de acomodación de las imágenes en el contexto del paisaje biográfico. Porque la biografía no es sólo el relato de mi vida. A través de ese relato se perfila un dibujo, una cierta configuración de mi vida que marca límites y orienta posibilidades.

Esos argumentos obedecen primariamente a la experiencia biográfica pero también se inscriben en el argumento que propone la situación, están determinados por la situación que se vive o que se quiere vivir. Porque los argumentos propios determinan las expectativas pero las respuestas se ven condicionadas por los límites que impone la situación. Son las expectativas las que orientan las respuestas, que terminan configurándose según las condiciones situacionales.

Y esas expectativas son las que configuran la mirada.

El interés de la mirada

De modo que la mirada es, espontáneamente, interesada. Sin interés no hay mirada.

Ese interés es una resultante, se asoma, brota o se dispara desde la copresencia. Depende de la intensidad de la carga que tenga lo que interesa, ponderada por el complejo integrado de imágenes y tensiones de cada momento de la mirada.

Se sabe que “eso” no es producto de la razón, no hay cálculo, no hay medida, no hay previsión. Hay un crudo y puro interés que, dependiendo de esa intensidad de carga, orienta o me arrastra, me confirma como presente en la situación o me hunde en ella hasta que por obra de la reversibilidad (si me acuerdo de ponerla en función) puedo volver a emerger y rescatarme de la marejada mundana.

La posibilidad de “realización” que coseche depende del grado de elección que haya podido ejercer.

En todo caso, sea más deliberada o no mi intención, el interés resulta de mi biografía. Es el vector de fuerza que se monta en la intención presente, en función de las cargas que tengan los distintos factores en juego en mi situación.

Los “lugares” del paisaje

En esa trama de intereses que es la mirada, portadora de los códigos que activan los argumentos biográficos, se inscriben mis coprotagonistas situacionales, mis pares en la situación, que participan a su modo de las tramas que armamos en conjunto, con sus propios argumentos. O más bien, de las tramas situacionales que se arman con la interrelación de los paisajes porque la voluntad raras veces participa de ese armado, y las tramas relacionales se parecen más a juegos interactuados por compulsiones moderadas, que se desarrollan motorizados por la complementación de las personalidades.

La expresión difundida desde la Psicología de fines del siglo pasado, hablar “desde un lugar” o “poner a alguien en un lugar”, o la más popular y clásica “poner a alguien en su lugar”, nos está hablando claramente de un “lugar” que no tiene nada que ver con el emplazamiento físico, espacial, del cuerpo de quien se trate.

En el caso de la última expresión (la clásica), ese “lugar” nos habla de un emplazamiento previsto por los usos o costumbres sociales, que suele coincidir con los emplazamientos derivados del rol situacional: el lugar paternal/filial o de amigo, de pareja o de amante, de superior jerárquico o subordinado. Son complejos de expectativas de conducta que mar-

can lo que se puede o debe y lo que no se debe hacer en una situación. Límites invisibles pero infranqueables porque mueven los sistemas de tensiones que están sostenidos por esas expectativas. Cuando uno intentó besar a una amiga ya no hay vuelta atrás, y si esa amiga es la hermana de la pareja de uno... muy complicado. Si uno se le sienta en la esquina del escritorio al jefe, problema. Si pretendo que mi padre o madre me cuente cómo le fue con su amante, lo más probable es que “me pongan en mi lugar”, pero si le cuento a mi hija (o hijo, pasa que no tuve varones) cómo funciona mengana en la cama o si me siento a fumar un porro con ella, incineraré mi imagen paterna en un segundo.

En todos los casos de transgresión lo violado son barreras imaginarias que operan como muros de contención para los procesos del pensamiento. Puede haber fantasías que transgredan esos límites, puedo ensoñar con situaciones que se desarrollen más allá, pero habrá un criterio de realidad, una presencia del límite corporal que opera como muro de contención conductual pero no deja de ser la cortina tras la que oculto mi zona de reserva, mis pensamientos “íntimos”.

Esa transgresión de límites no tiene porqué ser transgresión de lo permitido situacionalmente. La biografía es un reservorio de una enorme diversidad pero cada uno tiene sus modelos. Y esos modelos están jugando en cada momento, según las situaciones. No se manifiestan “corporalmente”, con una imagen clara que les corresponda. Alguien se puede ubicar en mi imaginario en el lugar que tuvo mi madre o padre, o lo emplazo como jefe o subordinado, o como amigo, pareja o amante.

La reciprocidad del lugar del otro

El otro tiene su mirada, su biografía y sus argumentos. Cuando me acompaña en la situación, se da que su perspectiva es complementaria de la mía porque nuestros modelos son complementarios. Pero es la intensidad de las respuestas lo que da una idea de la profundidad y carga de los modelos que se juegan.

Los atributos que del otro destaca mi mirada poco tienen que ver con él, con su imagen “objetiva”, y mucho con mi biografía. El papel que el argumento asigna en función de esos atributos está predeterminado por mi mirada.

Mis roles, las conductas codificadas que despliego en cada situación, responden a las exigencias de la situación, moduladas por mis argumentos biográficos, de ahí las distorsiones y fallas en la adaptación debidas a la lectura que hace mi mirada.

Esos roles son bipolares: me ubico –yo, un polo, el de aquí- en función del lugar que ocupa el otro –el otro polo. Las conductas se complementan porque lo hacen los modelos que las condicionan, por lo general, con relación a posiciones de poder: jefe-subordinado, maestro-discípulo, y también en los roles de género pese a la proclamada igualdad hombre-mujer, sólo que aquí el poder no está fijado en uno de los géneros aunque culturalmente esté asignado al lugar del varón. Moldeado en las relaciones primarias familiares, el poder radica en el género que lo ejerce (o por el género al que el otro se lo adjudica) y, a veces, puede alternarse según las situaciones.

De todo ésto, lo que interesa es que el otro tiene un lugar “en mí”. Más precisamente, en mi imaginario hay un lugar predeterminado para el rol complementario y, según los atributos que porte, el otro se encuadra en uno u otro lugar, o de un modo u otro, porque tampoco los códigos conductuales están fijados en el modo de desplegarse. Por ejemplo, si en uno el rol de víctima o victimario tiene peso, puede superponerse en cualquiera de las situaciones a los roles correspondientes. Se puede ser un jefe condescendiente o un maestro permisivo.

Como el lugar que el otro ocupa es imaginario, el otro también es una imagen para el juego de mis pensamientos.

Situación y escena imaginaria

En términos de imagen, que el objeto representado sea una cosa o una persona, da igual: ambas son imágenes. La imagen de una cosa no se diferencia –como imagen- de la imagen de una persona. Ambas son imágenes, tienen la plasticidad propia de lo imaginal³.

Distinto es lo representado por la imagen: está sometido al argumento propio del contexto situacional al que pertenece.

³ Los términos imaginal e imaginario significan aspectos distintos del mismo fenómeno: lo imaginal refiere a lo propio de la imagen, a la imagen como tal, como “átomo” del proceso imaginante; lo imaginario refiere al modo de presentación del contenido, por caso, un perro imaginado es imaginario. El término imaginal proviene de la concepción de Averroes y la posterior tradición islámica, rescatada recientemente, después del trisecular olvido filosófico de la imaginación.

En el nivel de la representación, a la situación que vivo le corresponde una escena imaginaria. El objeto no es individual sino contextual porque corresponde a un complejo de percepción de una situación también compleja, aún cuando no la reproduzca fielmente. El objeto no es un individuo sino un complejo de relaciones actuales o posibles, esto es, que se presentan o pueden ser planteadas. Así considerado, el objeto “no viene solo”, trae un contexto de relaciones posibles en función de sus atributos, que son los que disparan los argumentos posibles en función de ellos, la situación y las cargas en juego. Una situación de trabajo viene con elementos materiales que componen el escenario y humanos que tejen la trama de relaciones; una pareja implica por lo menos dos familias, dos grupos de amistades, dos mundos.

De este modo, *los otros son para mí escenas posibles*, configuradas en base a las matrices imaginarias que proporciona mi biografía, configuradas en base a las situaciones vividas, que aportan las estructuras de imagen para el reconocimiento y desempeño en las nuevas situaciones correspondientes a cada franja. La familia propia se construye en base a las familias de origen, la situación laboral en base a la situación educacional como experiencia inicial del mundo, los roles de amistad en base a los lugares biográficos ocupados desde la infancia.

Esas escenas imaginarias no sólo anticipan la posibilidad en el nivel de vivencia que impone el ritmo cotidiano actual, *son mi realidad y lo externo es casi un accesorio de la escena interna*, porque la matriz imaginaria, que determina mis expectativas, prima sobre las condiciones externas de situación.

Esto sólo puede darse por la confusión entre lo interno y externo que borra los límites, en especial, el límite corporal.

La identificación

En términos genéricos, el límite corporal es lo que me permite distinguir entre lo interno y lo externo. Esto resulta de especial relevancia porque la característica de lo externo es que no puedo operar sobre ello de manera inmediata sino sólo con el cuerpo. Los contenidos imaginados, en cambio, pueden ser manejados internamente de manera inmediata.

La pérdida de sensación del límite corporal sobreviene cuando la carga del estímulo desborda el campo de conciencia y la presencia del objeto es masiva, desbordando los canales sensoriales.

El objeto deja de ser lo que es ahí afuera para convertirse de manera impactante en lo que es *para mí*. Yo mismo desaparezco bajo la fuerza del impacto y sólo queda el objeto que, en realidad, no es más que el depósito de lo que proyecto sobre él: deja de ser la presencia de quien es, para convertirse en un cúmulo de calificativos –buenos o malos– que obstruyen la percepción de ese ser quien es.

La identidad del objeto se presenta en la identificación que se produce en mí con el objeto. Dejo de percibirme a mí para mí y paso a ser para él. Esta situación de identificación tiene como ejemplo más destacado el estado de enamoramiento que, cuando es correspondido, se convierte en un continuo en el que desaparece la separación normal entre los cuerpos porque ambos viven “su unidad de almas”. En esa confusión desaparecen los lugares respectivos porque, cada uno en su ser para el otro, ambos pierden la referencia respectiva, fenómeno provocado por la “unificación de paisajes”. También los estados de odio producen algo similar y no necesitan correspondencia. Según la intensidad de las pasiones y la complementariedad de las matrices biográficas, las conductas pueden adquirir una desproporción mayúscula.

Ser para otro

El otro para mí es una expectativa montada en un cruce de tiempos, un pasado que no suelo tener en cuenta y un futuro que pesa, porque carga con mi interés.

Me ha pasado de creer que el otro “no ve” lo que yo “veo” en mi interior. Como si mi gesticación, mi postura corporal, la resultante de mi sistema de tensiones no se percibiera externamente. Entonces, creo estar a salvo de que se pueda pensar de mí que “quiero” o “creo” tal cosa que sí, por lo menos, la estoy pensando. Obro como si mi mundo interno no se transparentara a través de mi gesticación o postura corporal, del contexto de lo que digo o hago por o para el otro.

El problema de la correspondencia en las relaciones, en particular entre géneros, radica en que los discursos no pueden enmascarar totalmente lo que se vive, lo que se siente.

Cuando esa correspondencia compromete íntimamente al cuerpo, se establece un nivel de comunicación autónomo, independiente y hasta divergente del nivel de la palabra.

Uno puede aceptar o no la extensión de la relación con otro pero no puede evitar que la simpatía o antipatía permanezca inadvertida para el otro.

Juguetes del pensamiento

De todo esto podemos concluir que somos en las relaciones, recíprocamente, juguetes en el pensamiento del otro. Claro está que uno no puede evitar lo que el otro haga con uno en su cabeza, pero sí puedo estar atento a lo que hago con el otro en mi cabeza. Sobre todo, advertir que lo que haga con el otro en mi cabeza puede tener consecuencias, porque mi cuerpo, aunque no sea tan plástico como mi imaginación, responde a lo que pienso y muestra.

No es el caso de concluir que tengo que reforzar mi atención sobre la géstica que asumo porque eso es aumentar las defensas de mi zona de reserva. En todo caso, es más útil entablar un canal de comunicación verbal que permita constatar o rectificar lo que pienso del otro o de los otros, y proporcionar mis pensamientos y sentimientos a las posibilidades de la situación, básicamente para no verme frustrado y, en lo posible, para que la situación se convierta en punto de aplicación para mi desarrollo. Los objetos imaginarios carecen del horizonte de posibilidades que tiene la profundidad de lo humano, que sólo se descubre en la comunicación.

Porque lo que está en juego aquí es lo humano: el otro es, básicamente, una diversidad de posibilidades de experiencia⁴, tanto para sí mismo como para mí. Cuando reduzco esa diversidad de posibilidades que es el otro, al limitado menú que proporciona mi interés, lo cosifico (y si asociaste menú con voracidad, es absolutamente pertinente).

Cuando pierdo dimensión de su humanidad, cuando dejo de sentir su vitalidad y su calidez, lo cosifico. Pero, sobre todo, cuando dejo de sentir su humanidad, me cosifico porque yo mismo paso a ser un juguete de mis intereses, preso de mis argumentos.

⁴ "Sentir lo humano del otro, es sentir la vida del otro en un hermoso multicolor arcoiris...", *Acerca de lo humano*, en Habla Silo, O.C. T. I.

En los últimos tiempos he podido observar cómo se me “suelta” y caen ahí delante mis intereses, lo que espero del otro, lo que quiero para mí. Y me he espantado cómo tras la aparente bondad (objetivamente verdadera) de mis acciones, no se mueve otra cosa que mi prestigio, el querer brindar una imagen de mí, por caso, como bondadoso, lo que en realidad, es darme esa imagen a mí mismo. Sin considerar si el destinatario de mi bondad la necesita, la quiere, la acepta, convirtiendo mi acción en un juego solitario y desconectado... de mí mismo.

Más difícil todavía es el caso de los enojos, donde el otro me muestra en él lo que rechazo en mí y mi furia sale disparada bajo el disfraz del reto correctivo.

Pero éstos son casos de mera mecanicidad, de falta de voluntad de someter al otro a mis designios. En estos casos, ambos somos juguetes del argumento o de los argumentos biográficos, porque es raro que se actúe en situación lo que no es complementario.

Pero hay casos conductuales que se destacan por la falta de reciprocidad, al menos, aparente, o por la desproporción, en los que uno de los dos términos de la relación queda a merced del otro. Es la famosa manipulación.

La manipulación

La base de la manipulación está en el interés que estructura la acción. Y ese interés se manifiesta ya en el pensamiento que la anticipa. Si es para mí, es un pensar interesado. Cuánto más o menos interesado, cuánto más o menos puede afectar a otros, cuántos más o menos beneficios puede aportar a otros, mientras exista la posibilidad de un perjuicio para alguien, no interesa. No hay ponderación posible, no hay manera de sanear el interés. *Si yo estoy en el cálculo del resultado, siempre se desviará hacia mí.*

Es claro que toda acción que realice, vuelve. Es el principio elemental de la retroalimentación de toda respuesta que dé: *todo lo que hago, lo siento*. Por tanto, la salida retroalimenta la conciencia con una devolución automática de información. No lo puedo evitar.

Lo que sí puedo evitar o despejar hasta donde pueda, es la consideración de los beneficios que me pueda traer lo que haga. Del mismo modo que la retroalimentación, no puedo evitar que haya resultados para mí. Pero una cosa es que se den y otra, que los busque.

Una cosa es que resulten y vengan y otra que los anticipe y ponga como primario. Ahí está el interés que vicia la conducta, que la hace egoísta.

Pero cuando ese “para mí” resulta excluyente o predominante, al punto de relegar la humanidad de quienes estén comprometidos en la situación, considerándolos y convirtiéndolos en instrumentos de mis designios, los cosifico y manipulo en consecuencia. Porque la manipulación es inevitable que siga a la cosificación del otro.

Y en esa acción sacrifico toda humanidad en juego: la mía incluída, para empezar.

Cuando niego la humanidad en otro, niego la mía propia.

Pensar bien

La alternativa de la manipulación, la manera de prevenirla o rescatarme, es pensar bien, pensar en positivo, sobre todo si el pensamiento involucra a otros seres humanos.

Esto no necesita mayores explicaciones y la ceremonia de bienestar, el ponerme en el lugar del otro para ver sus necesidades y poder pensar lo mejor para él, el cuidar mi unidad interna, o sea, ejercer el más sano de los egoísmos, es el mejor antídoto y la mejor vacuna contra la cosificación. Que siempre, siempre, empieza por mi cosificación.

La contradicción

Todo suena muy fácil desde este punto de vista intelectual, “cerebral” como pueden verlo ciertas gentes. Porque por lo general, la cosa no es tan simple. Están los condenados “SÍ” y “NO” que se me plantean cuando evalúo una acción. Porque la identificación no sólo borra límites sino que obnubila el entendimiento y hace perder la distancia, presumir sobreentendidos, pasar por alto reglas básicas de comunicación. Y cuando funciona un canal paralelo, de sensaciones calladas, la sensación se convierte en determinante y en un factor de ponderación que va más allá, porque viene de más acá de mi posibilidad intelectual.

Entonces me veo enfrentado al SI y al NO, penduleando en mis consideraciones de uno a otro extremo de tal manera que no puedo encontrar un tercer emplazamiento que permita

mirar la situación más abarcativamente. Básicamente, abarcando lo que me pasa. Está claro que siempre que me encuentro con una alternancia del SI y del NO balanceada en las cargas, no puedo avanzar. Porque si me decido por una dirección estaré arrastrando la contraria y las consecuencias irán más allá de lo previsto y, sobre todo, de lo querido.

Cuando las alternativas se presentan equilibradas en su fuerza no tengo modo de hacer jugar la razón y dejarse llevar por la compulsión no resuelve nada. De esa encerrona sólo puedo salir hacia atrás, o por la compulsión, que no es salida.

¡Ah! la compulsión

La compulsión me sume en el abismo, decidiendo la acción por uno de los términos de la contradicción. Que será el más fuerte, claro, el más “sentido”. Pero como la fuerza de los términos que se alternan es *la misma* (de otro modo, no habría contradicción), al precipitarme en una dirección sólo puedo arrastrar el tablero entero conmigo.

La compulsión es un caso de sobrecarga. Si puedo advertirlo, entonces lo más práctico es, literalmente, salir corriendo, salir a correr. Provocar una descarga motriz que devuelva equilibrio a los centros de respuesta y enfríe el entendimiento. La otra posibilidad es respirar bajo, pero la fuerza de la compulsión impide ver esa solución o ponerla en práctica. Necesita tiempo para desplegar su acción.

El principio cordial

Pero hay otra alternativa. Si se quiere, desde un punto de vista intelectual, “por arriba”, por el ámbito mayor. Pero ese por arriba es, en la vivencia, “por adentro”, en lo profundo.

Si nuestras posibilidades evolutivas radican en el desarrollo de lo humano, por experiencia sabemos que eso que registramos como humano no está afuera. Y que, cuando está afuera, lo estamos experimentando por dentro y así opera su reconocimiento.

Desde la teoría y en mi caso desde el registro, tenemos como desvahída hipótesis la posibilidad de desarrollo de un “corazón” que no es el físico, de modo que no es desubicado

hablar de un “principio” cordial que tiene que estar presente en la consideración de nuestras acciones.

Todo lo que expuse sobre la consideración interna cosificante y la manipulación, es la condición necesaria para la discordia, que no significa sólo el mal llevarse entre las personas. No. La discordia significa la división del corazón, su fragmentación.

El principio cordial, por lo contrario, considera la necesidad de fortalecer la sensación del centro de gravedad, de integración de la experiencia, de coherencia en los propósitos y de cuidado de la unidad interna.

La concordia resultante no significa tampoco el equilibrio y armonía en las relaciones sino la presencia del corazón en mis acciones. Y eso, necesariamente, me lleva a reconocer la presencia de los otros corazones.

Pero para eso es necesario facilitar la presencia a mi corazón, dejarlo manifestarse. Tendré que aguzar el “oído” interno para captar sus mensajes, despejar de tensiones el pecho y el cuello, alivianar el entrecejo, trabajar la nitidez de la presencia interna de la esfera, pero sobre todo, tendré que ser intolerante con mis estados negativos.

La negatividad no sólo produce malestar sino que sepulta mi posibilidad cordial.

La intolerancia no implica agresividad porque eso es poner un estado interno contra otro estado interno. Y yo, soy ambos. La intolerancia implica no dejar instalarse los estados negativos pero para eso, primero hay que aceptarlos. A partir de la aceptación puedo ampliar el foco y percibir el campo de lo que acepto. Si rechazo y busco sacudir la negatividad, estrecho el foco, “lo agarro del cuello y lo sacudo” al estado negativo, que es lo mismo que hacérmelo a mí, prolongando la negatividad, dejando que me contamine.

Si acepto lo negativo ya me estoy separando de ese estado porque en el necesario reconocimiento que implica, tomo distancia y puedo apelar a cualquiera de las técnicas conocidas. Además, la aceptación ya es manifestación (acción) del corazón, aunque sea mi cabeza la que propone.

El corazón crece sólo en una dirección, hacia lo positivo, lo no-violento, lo luminoso. Además, *sólo crece en la dirección de la Luz*.

El corazón es “fototrópico”, tiende hacia la Luz. Entre mis registros, puedo reconocerla como sentido pero sólo mi cabeza, mi pensar, puede ponerla como dirección.

Esa dirección se refuerza si incluye a los demás. La Luz está afuera de mí (yo como punto de mira) y los demás, también. De modo que es la trascendencia, el alejarme de mi centro, lo único que, paradójicamente, puede llevarme hacia él.

Buenos Aires, 26 de noviembre de 2016 – La Reja, 4 de marzo de 2017